



Facultad de Psicología
UNR Universidad
Nacional de Rosario

TRABAJO FINAL INTEGRADOR

**Exorcizar la pandemia: ensayo de articulación filosófica,
analítica y experiencial sobre lo inédito**

ENSAYO

AUTORA: LUCIANA SANTÁNGELO

LEGAJO: S-0921/1

DOCENTE RESPONSABLE: Dra. MARÍA TERESITA COLOVINI 2022

Índice

Resumen y Palabras Claves	3
Comienzo de la pandemia, aislamiento social, pérdida del acontecer social cotidiano	4
Conjeturando sobre lo inédito en busca de las migajas. Pensar analíticamente el aislamiento social y sus consecuencias. El mundo, la historia y la escena fantasmática, articulación necesaria de lo sustancialmente diferente	6

Receta del hechizo para la mañana del primer día del tercer año.

.....16 Referencias bibliográficas

..... 18

Resumen

El presente ensayo aborda una articulación sobre uno de los acontecimientos más contundente de las últimas décadas referido a la salud de la población argentina, estado de pandemia y aislamiento social, con los conceptos desde los cuales, como psicólogos, más específicamente, desde el psicoanálisis, pensamos la misma. Se considera que la pandemia tuvo características de un acontecimiento traumático a

nivel masivo, por su contundencia respecto de la amenaza de muerte que acarrea tal afección, pero también, por lo que implicaba afrontar y sostener las medidas necesarias para evitar una tragedia mayor (colapso del sistema sanitario, por ejemplo). Una vez pasada la urgencia, este escrito se propone atender sus posibles consecuencias tanto sociales como singulares. Desde esta postura, el ensayo se basa en la conjetura de que la vivencia del aislamiento social supuso una caída de la escena, considerada desde el planteo que formula Lacan en el *Seminario 10*, como el soporte simbólico que vehiculiza la cultura y narra la historia, articulado con la lectura filosófica de Byung-Chul Han en relación a los efectos de la pérdida de los rituales. A raíz de ello se plantea la premisa de un avasallamiento simbólico que puede acarrear consecuencias en el estado general de salud de la sociedad, así como en la singularidad de sus integrantes. Esto deriva en apertura de interrogantes sobre las posibilidades de tramitación consideradas como trabajo de duelo, así como la propuesta de la significación de un acto colectivo y/o singular resarcitorio, promotor del lazo social.

Palabras clave: Pandemia - Caída de la escena - Avasallamiento simbólico - Representación frontera - Desestructuración fantasmática.

preventivo y obligatorio” (Decreto 297/2020, 19/03/2020), una medida tomada por el Poder Ejecutivo nacional, por medio de la cual se determinaba que las personas debían permanecer en sus residencias o donde se encontraran al momento de publicado el decreto, sin concurrencia a los lugares de trabajo, y en donde solo estaban habilitados los desplazamientos mínimos e indispensables para compras de primera necesidad (alimentos, medicamentos, entre otros). Este decreto, que inicialmente preveía una duración de once días, se fue extendiendo paulatina y sucesivamente durante el transcurso de todo ese año, y gran parte del año siguiente, si bien se fueron habilitando algunas prácticas y/o sectores de producción según fuera transcurriendo el tiempo y actualizándose la denominada “situación epidemiológica”. Esta medida se tomó a partir de que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declarara el estado de pandemia y emergencia sanitaria a raíz de la incidencia del virus COVID-19, con el fin de reducir su circulación y propagación dentro del territorio argentino, evitando de este modo el colapso del sistema sanitario tanto público como privado.

Durante dos años la cotidianidad se vio marcada por modificaciones constantes en las normas de convivencia social, con suspensiones de los eventos que constituyen sobre todo el marco de la vida en sociedad. Así transcurrió, con más incertidumbre que certezas, este período de tiempo que el imaginario popular denominó “pandémico”. La conmoción absoluta de lo cotidiano fue transitando por diferentes etapas, que exigían un constante reacomodamiento a las reglas sobre todo de interacción social. “Fase 1”, “Fase 2” (indicación temporal relacionada a lo establecido en los sucesivos decretos referidos a las medidas vinculadas a la pandemia), fueron relevando en el relato de este período la referencia a los meses y semanas que ordinariamente marcan el ritmo temporal de la vida en sociedad. Este solo hecho ya pone de manifiesto que la conmoción a nivel de lo simbólico tiene que haber sido de gran magnitud. Si bien sabemos que los tiempos subjetivos son lógicos y no cronológicos, la cronología es el orden del acontecimiento en sociedad.

El primer abordaje de tal acontecimiento, por su naturaleza, nos sometió al acatamiento de medidas que priorizaban una lectura desde el ámbito médico/biologicista (aislamiento social, uso de barbijo para evitar la propagación del virus) que permitieron generar un respiro (vaya paradoja) respecto del hecho más urgente que implicaba el riesgo de muerte masiva. Ahora que la urgencia dejó paso a la tan ansiada “vuelta a la normalidad”, eufemismo del período de aislamiento que nos indica la anomalía vivenciada, este ensayo intenta hacer una lectura en claves psicoanalíticas que nos permita encontrar “las migajas”, parafraseando a Lacan (2008), de esta experiencia. Una sociedad que retorna en el año 2022 a una “normal cotidianeidad” es posible que vea afectados a sus integrantes, manifestando síntomas, actuando afectos que no han sido tramitados por otras vías. Interpretar tales manifestaciones en un concepto más amplio de salud que el que rigió en la urgencia, considerando la hipótesis de una caída de la escena social y un avasallamiento simbólico resultantes del aislamiento social que derivó en un prolongado estado de incertidumbre y pérdida del acontecer cotidiano, es la pretensión de este escrito. Encontrar argumentos por los cuales desde el ámbito de la salud mental debemos aún mantener un alerta respecto del estado de salud de una sociedad que ha debido pasar por un tiempo prolongado de aislamiento social que tuvo una inscripción contundente (con fecha, decretos y miles de imágenes y noticias del terror), pero cuyo final no contó con la misma fuerza, sino que fue cediendo paulatinamente el estado de alerta a la ensordecedora vida cotidiana anterior al período de aislamiento.

Este ensayo parte de considerar que hubo un malestar excedente del que supone la vida en sociedad para los sujetos (del que ya planteaba Freud en *El malestar en la cultura*), a raíz de lo cual se puede conjeturar la emergencia de acciones

reparatorias de características singulares (síntomas, padecimientos diversos) enmarcadas en el acontecer social del período de pandemia. Para tal motivo, voy a indagar este acontecimiento inédito, a partir de los fundamentos más básicos de la estructuración psíquica, leyendo lo que Lacan (2008) plantea en *el Seminario 10* respecto de la articulación de las tres formas sustancialmente diferentes en que se manifiestan en lo psíquico, el mundo, la historia y la estructuración fantasmática, con la premisa de una posible desarticulación de estas tres dimensiones a partir de este supuesto de una caída de la escena. Pensando así mismo, la pandemia, como una irrupción de un real que hace blanco en el psiquismo. Siguiendo autores que desarrollan en esta línea, como Colovini (2002), “representación frontera” y Prego (2021), “situar lo real bajo las formas del trauma”, intentaré realizar una elaboración de los efectos de la pandemia en las subjetividades para poder encontrar fisuras y posibles intervenciones favorecedoras de la salud integral de la sociedad y sus integrantes. Para ello también tomaré lecturas contemporáneas de la filosofía respecto de lo que viene aconteciendo en las sociedades neoliberales, como el contexto más amplio en el que se inserta este particular de la pandemia y su abordaje. Orientada también en una lectura de lo que Freud (2017), desarrolla sobre la articulación del psiquismo y la cultura, como el antecedente teórico más general y atemporal de esta coyuntura.

Así como el inicio de la pandemia tuvo una inscripción contundente (decretos, estadísticas, números de fallecidos) surge la inquietud por las posibilidades de elaboración que marquen un cierre a dicho período. ¿Es posible decretar el fin del miedo? ¿Podemos dar fin al período de pandemia, al modo de un final de guerra, con el levantamiento de la bandera blanca? Metáfora que encaja a la perfección considerando que las referencias del período de pandemia fueron tomadas del lenguaje bélico (batalla al virus, quedarse en la trinchera, y otras tantas que nos remiten al relato de un vivenciar tan cruento como la guerra, al menos en lo concerniente a lo discursivo) pero poco probable en lo que respecta a un normal procesamiento de duelo, por el cual pensar que este estado de alerta y miedo sigue actuando en un nivel más profundo del acontecer psíquico. Lejos de pretensiones determinantes, con más preguntas que afirmaciones, y evocando para esto sí, lo que respecta a los tiempos lógicos del acontecer psíquico, el supuesto de exorcizar este período, es una invitación para pensar acciones significativas que acompañen y enmarquen dicha elaboración. Es decir, apuntando a generar nuevas significaciones que nos permitan superar el miedo a vivir en sociedad y que nos orienten en la reconstrucción lúcida de un convenio social posible a sabiendas que la pandemia está a la vuelta de la esquina, pero que el vecino (el otro) está afortunadamente al lado (necesario reordenamiento del distanciamiento obligatorio).

Conjeturando sobre lo inédito en busca de las migajas. Pensar analíticamente el aislamiento social y sus consecuencias. El mundo, la historia y la escena fantasmática, articulación necesaria de lo sustancialmente diferente

Aislamiento social, caída de la escena. Las migajas

En el *Seminario 10*, titulado “La Angustia”, Lacan (2008) comienza a desandar muy cuidadosamente la fórmula hegeliana del deseo para plantear su fórmula del deseo donde es la angustia el fundamento real de la experiencia humana, aquello que hace funcionar y precipitar la estructuración del sujeto deseante a partir de la función del Otro como garante. Hay para Lacan una diferencia radical entre el mundo y el sujeto, articulada en la angustia y su reverso, el deseo. Lacan introduce la dimensión de la escena para poder articular los tiempos fundamentalmente diferentes, aunque articulados, del mundo, la historia y el sujeto.

Ahora bien, la dimensión de la escena, en su división respecto del lugar mundano o no, cósmico o no, donde se encuentra el espectador está ahí ciertamente para ilustrar ante nuestros ojos la distinción radical entre el mundo y aquel lugar donde las cosas, aun las cosas del mundo acuden a decirse. Todas las cosas del mundo entran en escena de acuerdo con las leyes del significante, leyes que no podemos de ningún modo considerar en principio homogéneas a las del mundo... Así, primer tiempo, el mundo. Segundo tiempo, la escena a la que hacemos que suba este mundo. La escena es la dimensión de la historia.

La historia tiene siempre un carácter de puesta en escena. (p. 43)

A continuación, Lacan (2008), introduce el análisis de un escrito de Lévi-Strauss para argumentar este carácter de puesta en escena de la historia y hace referencia a dos tipos de calendarios utilizados en diferentes épocas por los franceses, el calendario republicano francés y el gregoriano, para poner de relieve precisamente la dimensión de la escena.

Lévi-Strauss recuerda que el juego histórico tiene un alcance limitado, que el tiempo de la historia se distingue del tiempo cósmico, y que las propias fechas adquieren de golpe en la dimensión de la historia otro valor, llámese 2 de diciembre o 18 brumario. No se trata del mismo calendario que aquel cuyas páginas arrancan ustedes todos los días. Lo demuestra el hecho de que esas fechas tienen para ustedes otro sentido (...) ellas le aportan su

marca, su característica, su estilo de diferencia o de repetición.

Una vez que la escena prevalece, lo que ocurre es que el mundo entero se sube a ella. (p. 44)

Siguiendo este planteo, podemos pensar que lo que ocurrió el 20 de marzo de 2020 en Argentina tiene el carácter de una caída de la escena habitual en la que hacíamos subir al mundo para contar la historia. Esta dimensión de la escena compartida en el cotidiano, ordenada en el tiempo y espacio común, se desintegró dentro de los espacios habitacionales a los que quedó restringida la vida de cada ciudadano.

El aislamiento social nos derribó en un solo movimiento esa articulada escena donde pretendemos habitar al mundo, dotada del dominio de lo simbólico. Es decir, no es que hayamos perdido el recurso simbólico por el cual podemos articular el deseo poniendo velo a la angustia, sino que esa articulación quedó suspendida en un sinsentido. La referencia al calendario, y sobre todo al espacio, se vio colapsada: ya no había transcurrir, desarrollo, desplazamiento, proceso. Todo quedó apilotonado, aglutinado dentro del mayor o menor espacio de la intimidad de cada ciudadano.

Así, el mes calendario ya no tenía mayor referencia en el vivenciar común, y fue tomando su lugar en el discurso cotidiano aquello que ordenaba mejor al mundo dentro de esa escena de esa historia: la referencia a las fases de aislamiento. De este modo,

6

surge en las conversaciones la ubicación temporal por fases. Las cosas acontecían ordenadas temporalmente por la sucesión de fases que marcaban diferentes restricciones de la vida en sociedad, y los relatos del transcurrir diario eran referidos a la Fase 1, 2 o 3, como el tiempo común a todos. Lectura donde podemos inferir que llevó a desalentar progresivamente la utilización, en los decretos referidos al aislamiento, de la designación por fases a partir de la incorporación de Alicia Stolkiner, referente en ámbito de salud mental, al comité de expertos que asesoraba al poder ejecutivo en materia de la pandemia. Esta "otra" referencia temporal, ordenadora del tiempo en el período de aislamiento, pone de manifiesto la necesidad de articular una escena a un relato más coherente con el vivenciar cotidiano de ese período, esfuerzo constante de acomodación a una experiencia inédita que nos dejó desprovistos del orden simbólico que nos permite volver a encontrar el mundo donde la habíamos dejado la noche anterior.

Más que migajas, irrupción traumática de lo real. Aislamiento como núcleo traumático y reestructuración fantasmática reparatoria

Surge entonces la pregunta de si es posible insertar esos dos modos de relatar la escena de la historia, si pueden tener una continuidad, una coherencia que permita integrar un relato ordenado, que haga posible un decir del período de aislamiento integrado a la vida de las personas. Fase 1, Fase 2, etc., ¿son significantes que remiten a algo que podamos contar? ¿De qué manera se integran a la historia relatada en años, meses, días anteriores y posteriores a la pandemia? ¿Los acontecimientos de este período se inscriben de la misma manera en la historia de las personas?

En un ensayo realizado en plena pandemia, el Licenciado en Psicología (UBA) Enrique Prego (2020) analiza tres modalidades de irrupción de lo real como traumático para definir a partir de una de ellas (tomando una definición de Soler) la modalidad en que el virus irrumpe como una causalidad intermedia entre aquella que

podría definirse a partir de la presencia del goce del Otro (traumas provenientes de la guerra, del sexo), y aquella que aparece como “lo más real de lo real sin la incidencia del Otro” (p.680) vinculado a las catástrofes naturales. Entonces define al virus: *como un real que produce efectos homólogos al de una catástrofe, pero cuyos orígenes se encuentra en la irracional política de nuestros tiempos en relación al medio ambiente y a la producción de alimentos en escala. (p. 680)*

A lo cual podríamos agregar la medida de “aislamiento social” como un factor más interviniente en la producción de efectos catastróficos provenientes de la modalidad de tratamiento político de este real, basado en el saber científico, tal como lo articula Prego.

Por lo tanto, para hacer migajas de este período, para que algo sea incorporado a la lógica del sujeto tal como es pensada desde el psicoanálisis, es necesario analizar las posibilidades de reestructuración fantasmática a partir de las cuales surge una organización del síntoma como aquello que repara, como el saber hacer a partir del trauma, más o menos eficiente en la lógica subjetiva singular.

Pensado entonces el virus (COVID-19) como la irrupción traumática de lo real por su origen y tratamiento, este período desarrollado en el ordenamiento temporal por fases de restricciones no tiene la capacidad de evocarse con la misma coherencia con la que nos narramos lo cotidiano, sino que su orden responde a otra lógica y otra vivencia témporo-espacial, que no puede más que por su particularidad hacer una fisura en la narrativa, en primer lugar porque su mayor impronta fue la de haber sido vivenciada en la intimidad de cada hogar, entonces lo común de la escena a la que debemos hacer subir al mundo para contarnos la historia tiene como referencia común lo no compartido. O peor aún, aquello que puede ser común a todos en la singularidad de cada persona tiene la impronta del miedo y la muerte como referentes insoslayables. Esta particularidad, habiendo sido prolongada en el tiempo (recordemos que el aislamiento fue riguroso durante al menos cuatro meses, y dos años de variadas restricciones respecto de los encuentros masivos) debe de haber dejado alguna huella (sobre todo

7

dependiendo de la etapa de desarrollo vital y emocional en que se encontrara cada habitante), que como tal sigue generando efectos.

En el texto “Fantasía y trauma”, Susana Splendiani y Marité Colovini (2002) argumentan la vigencia del concepto de trauma de los primeros escritos de Freud como fuerza causal determinante de la sintomatología neurótica tomado en relación a la afirmación lacaniana de que la letra hace litoral entre el saber y el goce. En este escrito nos dicen con respecto al núcleo traumático: “Verdadero blanco en la organización de las representaciones, punto de irrepresentable, exceso de la arquitectura del psiquismo. Límite para la labor de la interpretación, pero elemento que cuenta en la determinación con fuerza causal.” (p.3)

De este modo, caída la escena primera del mundo: quienes contaban con mayor bagaje simbólico, quienes podían desestructurar más fácilmente su articulación fantasmática, pudieron jugar con otras escenas posibles, incluso superadoras a la habitual: sociedades con mayor conciencia ecológica, con personas más sensibles y generosas, con revoluciones galácticas o terrenales que desembocaran en la historia de un mundo más bello, historias alternativas fantaseadas e incluso compartidas en las redes sociales, único espacio de tránsito permitido. Formas de hacer migajas, de restituir al Otro, hacerlo existir otorgando lógica, la de su goce, a un devenir desordenado, aplastado (y aplastante) en el encierro hogareño. Podemos pensar que hubo también intentos comunitarios de sostener la existencia del Otro apelando al papel del héroe, donde en los inicios del aislamiento se convocaba a homenajear con aplausos a los héroes de la pandemia

(el personal sanitario). La hora 20 de cada día no sólo nos devolvía la fantasía del héroe, sino que a su vez nos permitía una descarga motriz, bulliciosa, que nos retornaba con la confirmación de la permanencia del afuera (los otros afortunadamente también seguían existiendo). Pero tales elaboraciones fueron insuficientes para hacer frente a este exceso en la “arquitectura del psiquismo” (Colovini, 2002), tanto por la prolongación del período de aislamiento como por la incertidumbre respecto de su salida, tal como lo plantea Prego (2020) en su ensayo: “tales imagerías no alcanzan a cumplir la función de un verdadero semblante que oficie de velo ante el acontecimiento disruptivo” (p. 681).

Un elemento teórico más que viene a auxiliar esta afirmación de que el “aislamiento social” tuvo características de un acontecimiento que como tal puede conceptualizarse como traumático en el vivenciar psíquico, es lo que Freud (2017) enumera en “El malestar en la cultura” como las fuentes que ponen obstáculo a nuestra dicha:

Ya dimos la respuesta cuando señalamos las tres fuentes de que proviene nuestro penar: la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo y la influencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el Estado y la sociedad. (p.85)

Encontramos estas tres características interviniendo conjuntamente en el período de aislamiento.

La virtualidad, el ágora de la pandemia. La pérdida ritual y el avasallamiento simbólico

En primer lugar, quiero detenerme por un momento en esta particularidad del vocablo utilizado para estos espacios virtuales a los que llamamos “redes sociales”, para preguntarnos de qué clase de red se trata. ¿Es la trama de esta red suficiente para tejer un tapiz, un paisaje, un recuerdo al cual evocar, o simplemente remite a la red usada para capturar la presa? Faltándole las más profundas características propias de la vivencia humana (el tacto, el gusto, el olfato, el contacto visual), ¿qué clase de recuerdo puede dejar su experiencia común? ¿Puede recogerse su experiencia dentro de un relato histórico?

8

Los encuentros virtuales, tanto sea para estudiar, trabajar, conversar, celebrar cumpleaños, u otros, fueron el único modo de habitar lo grupal, lo colectivo, que estuvo fuertemente restringido de manera presencial durante más de un año. Lo que surge de esto es la pregunta acerca de qué registro singular y comunitario se establece de estas vivencias.

Recientemente fueron publicados los resultados de las pruebas “Aprender” realizadas el 1 de diciembre de 2021 en las escuelas primarias del territorio argentino por el Ministerio de Educación. Dichos resultados evidencian un deterioro respecto a los resultados anteriores: en el área de Lengua puede verse el doble de reprobados que en 2018 (es decir, antes y después de haber transitado la educación virtual como método posible una vez instalada la pandemia y el aislamiento social). Las declaraciones del ministro de Educación de la Nación Jaime Perczyk, en relación al bajo rendimiento en el área de lengua, que a su vez contrasta con el de matemática (que mostró estabilidad en los resultados), afirman que esta asignatura implica un tipo de aprendizaje que se genera y sustenta colectivamente, aclarando la imposibilidad del mismo durante el período de pandemia.

En su libro *La desaparición de los rituales*, el filósofo Byung-Chul Han (2021)

define los rituales como acciones simbólicas que transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada a una comunidad. Nos dice: “generan una *comunidad sin comunicación*, mientras lo que predomina hoy es una *comunicación sin comunidad*” (p.11) haciendo referencia a la comunicación digital en sociedades neoliberales.

Podemos analizar los resultados de las pruebas “Aprender” 2021 y la declaración del ministro a la luz de lo dicho respecto de los efectos de los diferentes tipos de comunicación (considerando que en el período de aislamiento hubo preponderancia de la comunicación digital, casi de modo exclusivo, sobre todo en lo referido a educación), y analizándolo también desde la perspectiva de una caída de la escena colectiva que obstaculizó, perturbó, impidió la generación de un aprendizaje referido al área del lenguaje, en particular a la narrativa, específicamente deteriorada en la lectocomprensión, aquella que nos permite subir a escena un decir articulado a otro material que lo individual soportado en el material orgánico del cuerpo (sobre todo teniendo en cuenta que el aislamiento suspendió toda ceremonia y/o acción ritual compartida socialmente). Articulando esto con lo que analiza Byung-Chul Han (2021) en su ensayo sobre las sociedades neoliberales desritualizadas donde dice que en ellas “los datos y las informaciones carecen de toda fuerza simbólica, y por eso no permiten ningún reconocimiento. En el vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida”(p.12). En cambio, “de los rituales es constitutiva la *percepción simbólica*”. Y respecto del símbolo que genera el rito, sostiene: “sirve para reconocerse, es una forma peculiar de repetición (...). Al ser una forma de reconocimiento, la percepción simbólica percibe lo duradero. De este modo el mundo es liberado de su contingencia” (p. 11). Es decir, marca una diferencia entre aquello simbólico que es soportado dentro de un marco ritual de organización social, de aquel que es pura mercancía, puro consumo inmediato y fugaz sin permanencia, “una trepidante alternancia” que produce un vacío, una falta de saciedad derivada de la presión para producir.

Retomando el planteo lacaniano de la escena (Lacan, 2008), podemos pensar que aquella puesta en escena cotidiana, a la que hacemos acudir las cosas del mundo para poder decirse habiendo sido profundamente perturbada en su dinámica habitual, desestructura el recurso simbólico por el cual podríamos incluso sostener un aprendizaje formal. Su materialidad, la del significante, se vio conmovida al verse caído el escenario que la soporta, el de lo colectivo cotidiano, regulado en un espacio y tiempo común vincular compartido y vehículo de la cultura. Quizás esta perspectiva nos pueda aportar un factor interviniente en el mal desempeño de los alumnos de 6to grado en el área de Lengua. Un factor, entre otros más profundos y específicos en lo que respecta a la educación en Argentina, pero lo suficientemente importante como para marcar el doble

9

del déficit respecto a pruebas anteriores y a otras áreas de conocimiento. No es la pretensión de este ensayo hacer un análisis de la problemática educativa, pero creo pertinente tomar el resultado de estas pruebas como un índice del avasallamiento simbólico que implicó el período del aislamiento obligatorio a partir del cual todo el orden social perdió su sustento habitual.

La escena dentro de ¿nuestras casas? Tercer tiempo. Sin escenografía ni actores, ¿dónde montar la escena subjetiva?

Con el supuesto de la caída de ese primer tiempo de la escena, podemos pensar que el segundo tiempo de la escena, aquella con la que los psicoanalistas

(testigos/partícipes/lectores del montaje fantasmático de la escena subjetiva, singular) ponemos en marcha el dispositivo clínico de la escucha, segundo tiempo de la escena y tercero en relación a la articulación con el Real del mundo, debe de haberse visto repercutido de igual o mayor manera aún.

En la clase 3 del *Seminario 10*, Lacan (2008) ordena las cosas de este modo y nos dice:

Así, primer tiempo, el mundo. Segundo tiempo, la escena a la que hacemos que suba este mundo... A partir de ahí, se puede plantear la cuestión de saber lo que el mundo, lo que hemos llamado el mundo al comienzo, de forma del todo inocente, le debe a lo que le viene de vuelta de dicha escena. Todo lo que hemos llamado el mundo a lo largo de la historia deja residuos superpuestos, que se acumulan sin preocuparse en absoluto por las contradicciones. Aquello que la cultura nos vehicula como el mundo es un amontonamiento, un depósito de restos de mundos que se han ido sucediendo y que no por ser incompatibles dejan de hacer migajas, demasiado, en el interior de cada uno de nosotros (...) este breve repaso nos introducirá ahora a un tercer tiempo. (p. 44)

Tercer tiempo que en la jerga lacaniana podríamos llamar “la escena dentro de la escena”, a partir del análisis del texto de Hamlet, en el cual Lacan desarrolla lo que podríamos nombrar como la razón analítica, aquella que tiene su lugar en la clínica, la escena del sujeto, tercer tiempo donde el decir toma la trama subjetiva, singular, y monta, por así decir, su propia escena en la escenografía de la primera y culturalmente compartida escena del mundo.

Las restricciones tomadas a raíz de la pandemia hicieron que nos viéramos limitados en lo que respecta sobre todo a la disposición espacial y a la interacción social, que sólo fue posible por medios digitales. Medios a los cuales no estábamos acostumbrados, y que materializan el encuentro de una manera totalmente diferente a la presencia corporal. En primer lugar, cuando interactuamos presencialmente no solemos tener nuestra imagen al alcance de nuestra vista, sino que queda sostenida en la construcción mental de nuestra imagen corporal, y sabemos que esta es una construcción fantasmática que dista, mucho o poco según el caso, de aquella que nos devuelve el espejo o la pantalla, pero de seguro no coincide con exactitud nunca. Entonces, tenemos ahí un primer motivo para pensar que ese tipo de interacción al que nos vimos obligados a sostener durante el aislamiento social, ya sea por las demandas laborales, educativas, o por el simple hecho de ver a los seres queridos, supone una perturbación, una exigencia a adaptar nuestro modo de interactuar que tiene que haber sido como menos disruptivo y en el peor de los casos insoportable, es decir, imposible de ser soportado por nuestra lógica singular.

El aislamiento social detuvo repentinamente la articulación de cada acción en el tiempo y espacio común dejando como único recurso de interacción la pantalla, es decir, a un “clic de distancia”. Porque si bien se pudo detener por algún tiempo la vorágine productiva no fue sino hasta poder adaptar los medios de producción (laboral, educativa, cultural) a la nueva realidad, es decir, a la vida en confinamiento. Ya no fue necesario vestirse (o al menos no en su totalidad) para trabajar o ir a la escuela. Tampoco fue necesario, o lo que es peor, no fue posible desplazarse para desarrollar las actividades

cotidianas. Todo quedó restringido a un “clic de distancia”, al cual le falta toda cualidad de proceso, desarrollo, siendo como es su característica la inmediatez y la accesibilidad remota. Por lo tanto, en ese “clic” pasábamos cada vez de la “oficina” al dormitorio, del “pupitre” a la mesa servida para el almuerzo familiar, desprovistos del recorrido preparatorio tanto en tiempo y espacio para habitar las distintas escenas de nuestra vida en al que montamos nuestra fantasmática singular en toda una diversa

gama de matices. Pensemos en las bambalinas del teatro, el túnel por el que se trasladan los jugadores de fútbol del vestuario a la cancha, lugares donde todos los sentidos van preparando para la salida a escena, para actuar ante miles de espectadores ¿podría faltar ese pasaje paulatino de los sentidos que van preparando para la acción frente al público? Nada tiene esto de habitual en la mayoría de las personas, ya que no ofrecemos espectáculos a un público masivo, pero tampoco estábamos habituados a ser estudiantes en la cocina, o gerente en la habitación, o docente en el living de casa. Ponerse el traje para ir al trabajo, el overol, el uniforme: vestirse para salir a escena, hacer el trayecto y encontrarse con los actores de reparto de turno, aunque nuestro oficio no sea el de actor, sabemos en cada distinto escenario montar un papel específico para el cual nos preparamos en un proceso que consta de un recorrido témporo-espacial que nos prepara para el rol que vamos a actuar.

También sabemos de las perturbaciones que acarrearán la falta de distancia entre el rol, el montaje yoico, el contexto, y lo subjetivo. El aislamiento social combinado con la presión por producir nos dejó desprovistos de esa instancia preparatoria, del ropaje necesario para actuar cada papel en nuestras vidas. Los roles de estudiante, de empleado, jefe, hijo, amante, tenían por la fuerza del contexto el factor común de las pantuflas, metáfora de la mixtura de la experiencia, en tanto la pantalla no enfoca los pies. Lo externo invadió la intimidad, nos obligó a desnudar una parte de ella. La calidad de las pantuflas quedó en exhibición, así como también los estilos decorativos de los hogares, el bullicio de los convivientes en el cuarto contiguo, cuando no los paseos en ropa interior o sin ella en el fondo de la imagen que transmitía la pantalla.

Si la existencia del deseo, tal como la presenta Lacan (2008) en la clase 3 del *Seminario 10*, está estrechamente vinculada a la estructuración fantasmática del sujeto ligada a la relación imaginaria que lo soporta, podemos suponer que este apelmazamiento del montaje yoico perjudicó profundamente los rodeos por los cuales se echa a andar el deseo. El brillo de las pantuflas no bastó en el dispositivo virtual como semblante, incluso pudieron hacer perder el brillo al objeto en su exposición –no olvidemos la experiencia de lo *unheimlich*, que articula en la clase siguiente de ese seminario, para pensar esta distancia y diferencia del objeto referido al deseo, en donde nos dice: “el hombre encuentra su casa en un punto situado en el Otro, más allá de la imagen de la que estamos hechos” (p. 58).

Otra forma de abordar este desmontaje del aspecto fantasmático es a partir de lo que propone Byung-Chul Han (2021) de las acciones rituales como “prácticas simbólicas de instalación en un hogar” (p. 27) haciendo referencia a un concepto de Roland Barthes. Es decir, la acción ritual y ceremonial nos protege del desamparo individual, dando una cobertura estable y compartida comunitariamente de aquellos sentimientos que de otro modo serían devastadores en la vivencia aislada. Revestidas en un formato ceremonial, las emociones pueden ser alojadas, incorporadas a partir del contexto que las contiene y sustenta, las ordena y matiza aminorando su intensidad. Con ello podemos pensar que en el período de aislamiento esto se vio invertido, y quedaron las prácticas desprovistas de ceremonias y acciones rituales, las que ingresaron al hogar y no, como al decir Barthes, generando hogar para ser alojadas. Esto trastoca un orden necesario para la vida en comunidad y para el sustento saludable de las prácticas cotidianas.

Esta desarticulación del pasaje de lo íntimo a lo externo tiene que haber sido por lo menos disruptiva en la vida de cada persona. Esta interrupción de la escena habitual fue asumida de diferentes maneras por cada sujeto, y tiene la impronta de haber sido escrita con otro trazo, narrable o no, y es precisamente donde debemos hacer foco:

dónde se inscribió ese tiempo, esa invasión de lo externo en la intimidad; cómo se articularon las diferentes escenas que solemos montar si nos quedamos sin otra escenografía que las paredes del cuarto, y los actores de reparto se vieron recortados a los convivientes, o a un unipersonal en el caso de quienes viven solos.

Byung-Chul Han (2021) sostiene que

los rituales son procesos de incorporación y escenificaciones corpóreas. Los órdenes y los valores vigentes en una comunidad se experimentan y se consolidan corporalmente. Quedan consignados en el cuerpo, se incorporan, es decir, se asimilan corporalmente. La comunidad ritual es una *corporación*. A la comunidad en cuanto tal le es inherente una dimensión corporal. La digitalización debilita el vínculo comunitario por cuanto tiene un efecto descorporizante. La comunicación digital es una comunicación descorporizada. (p. 23)

Entonces, sin comunicación materializada en el encuentro con la comunidad, desritualizados y sin prácticas ceremoniales, sin escenografías alternativas ni decorados, y sin otros *partenaires* posibles que los convivientes (en el mejor de los casos), ¿cuáles fueron las posibilidades de tramitación de la escena singular, aquella que montamos inconscientemente sobre las prácticas cotidianas y que nos permite que aflore la fantasmática singular que se erige a partir del deseo como articulación entre el mundo, la escena y el sujeto, aquella que nos permite hacer otra cosa con la angustia?

Una vez más recurro al filósofo Byung-Chul Han (2021) para contextualizar las diferencias que se van instalando en las diferentes épocas a nivel social, y que nos permiten pensar el período de aislamiento como el caso extremo donde ver y analizar algunas consecuencias.

La sociedad del siglo XVIII todavía estaba definida por formas rituales de interacción. El espacio público semejava un escenario, un teatro. Incluso el cuerpo representaba un escenario (...). La propia moda era teatral (...). El propio rostro se convertía en un escenario en el que se representaban diversos caracteres con ayuda de pecas de belleza (...). El rostro como escenario es todo lo contrario de esa faz o *face* que hoy se exhibe en Facebook. (p. 32)

De este modo, se podía interpretar diferentes intenciones a partir de signos usados como vestuario de sentimientos (la pasión, por ejemplo, con una peca en el raballo del ojo o sobre el labio inferior). Es decir, se contaba con una serie de signos que nos permitían jugar diferentes roles en diferentes escenarios según fuera el acontecimiento, estando revestidos por un ropaje simbólico que nos protegía de la desnudez del ser. Jugar a ser no es lo mismo que ser, hay una distancia entre ambos, representada por toda una serie de signos y símbolos culturalmente compartidos. A esto contrasta el autor el culto a la autenticidad propia de las sociedades contemporáneas, que deriva en lo que va a llamar “la exposición pornográfica”, donde lo que encarna la diferencia va a ser la pérdida del juego en pos de la productividad laboral.

El siglo XIX descubre el trabajo (...) Se trabaja más que se juega. El mundo es más una fábrica que un teatro. La cultura de la representación teatral deja paso a la cultura de la interioridad. (...) El culto a la autenticidad erosiona el espacio público, que se desintegra en espacios privados (...) En el espacio público hay que cumplir una función y representar un papel distanciándose de lo privado. El espacio público es un lugar de representaciones escénicas, un teatro. (p. 33)

Por lo tanto, siguiendo esta línea de pensamiento, si ya nos encontrábamos en una

pérdida paulatina de la distancia interioridad/ exterior, juego/ autenticidad, representación teatral/ exposición pornográfica de lo privado, que según este autor deja una impronta en la sociedad de desencanto mágico en pos de una cultura profana, narcisista, sin velo –“la magia deja paso a la transparencia. El imperativo a la transparencia desarrolla una hostilidad a las formas” (Han, 2021, p. 38)–, con la vivencia

12

en pandemia del distanciamiento social y la imposición de los modos de producción (material, educativa, etc.) en la privacidad de los hogares, donde se prohibió la interacción social en espacios públicos pero no se suprimió la producción laboral –el imperativo de la productividad se sostuvo intacto fuera del intercambio social–, encerrados dentro de la esfera privada, soportado individualmente, es menester suponer que esta caída de la escena pública tiene que haber repercutido, impactado sobre aquello que suponemos vela en la singularidad la angustia.

“Es tu corazón lo que quiero y nada más”¹

Si todo el montaje escénico se desmoronó en la intimidad de los hogares y los roles quedaron estrictamente limitados a los convivientes, ¿qué pudo haber ocurrido con el velo que resguarda de la verdad última de la angustia, aquello que no pudo escenificarse en el acontecer cotidiano de la vida en sociedad, o se actuó en la esfera privada y con los convivientes, o tuvo que haberse materializado en el cuerpo, en su organicidad? Ninguna de las alternativas se presenta como saludables. Ahí donde la pulsión encuentra su vía de escape a través de lo simbólico, donde produce una diferencia de recorrido singular que permite articular lo uno infinito con lo diferente en la escena, ahí no hubo escenario que permitiera tal recorrido, no hubo material más que el cuerpo, individual, orgánico, desnudo, desvestido, develado.

El concepto de “representación frontera” acuñado por Freud, tal como lo trabajan las autoras Splendiani y Colovini (2002), nos orienta respecto de este interrogante. Nos dicen que es la representación frontera, aquella que hace borde, subrogante del recuerdo reprimido en el discernir cognitivo:

Esta representación fronteriza, constituye un fragmento no desfigurado del recuerdo traumático. Primer símbolo de lo reprimido, se trata de una laguna dentro de lo psíquico. Es sobre esta representación que la defensa actúa, ya ahora como segunda defensa, lo que produce construcciones psíquicas cada vez más complejas que tienen como función procesar psíquicamente el traumatismo. (p. 4)

Así las cosas, podemos pensar que ese exceso en el psiquismo provocado en la vivencia de aislamiento a raíz de la pandemia, por todo lo anteriormente dicho, este “grano de arena”, tomando la referencia de Freud que trabajan las autoras de la cita, debe de haber oficiado de huella, innombrable por no alcanzar jamás el estatuto de la representación palabra, pero huella al fin, que desencadena toda una suerte de elaboración; ovillo psíquico de representaciones, estas sí ya puestas en la trama simbólica, pulsión de vida puesta en marcha, más o menos voraz, más o menos atolondrada en la necesidad de hacer borde y trama al vacío de lo real en el psiquismo.

Es decir, afortunadamente la condición sublimatoria de la pulsión encuentra siempre o casi siempre una vía de escape, y cada quien habrá encontrado la suya durante este período, sin embargo, claramente limitado en su posibilidad. Freud (2017) nos dice, en su más desarrollado y amplio ensayo sobre la articulación del psiquismo y la cultura:

Así como satisfacción pulsional equivale a dicha, así también es acusa de grave

sufrimiento cuando el mundo exterior nos deja en la indigencia, cuando nos rehúsa la sociedad de nuestras necesidades. Por tanto, interviniendo sobre estas mociones pulsionales uno puede esperar liberarse de una parte del sufrimiento (...). Otra técnica para la defensa contra el sufrimiento se vale de los desplazamientos libidinales que nuestro aparato anímico consiente, y por los cuales su función gana tanto en flexibilidad (...) la sublimación de las pulsiones presta su auxilio. (p. 78)

1 Metáfora utilizada por Lacan en la clase XVI del *Seminario 10*, donde presenta al objeto a como “el objeto de los objetos”: “el uso metafórico, siempre vivo, de esta parte del cuerpo para expresar lo que, en el deseo, va más allá de la apariencia” (Lacan, 2008, p. 234).

13

Cursos *on line* de toda clase encontraron adeptos temporales de todo tipo. No perder tiempo y no dejar a la angustia sin vías de escape hicieron de la venta *on line* el deleite de todos.

En relación a esta posibilidad de satisfacción amortiguada que ofrece la sublimación, Freud (2017) refiere al trabajo, “el trabajo profesional ordinario, accesible a cualquier persona”, como aquel que puede brindar tal satisfacción en tanto

ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos, y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad. (p. 80)

Sin embargo, las condiciones laborales del período de aislamiento, tal como fueron descritas anteriormente, distan mucho de proporcionar tales condiciones de satisfacción pulsional, convirtiéndose más en una práctica inarticulada dentro del espacio íntimo de las personas, invasora, no proveedora de vínculos y fragmentos de la vida en sociedad, sino más bien materializados en la virtualidad del *home office*.

Desde estas limitaciones, urge preguntarnos respecto del papel que pudo haber jugado la fuerza apaciguadora que Freud supone a la vida en sociedad a partir del influjo cultural. Si el individuo se somete a este influjo, que monta una tensión entre el superyó y el yo, denominada “conciencia de culpa”, y que se exterioriza como necesidad de castigo, es a raíz de la amenaza de la pérdida de amor, que en primera instancia evoca al amor filial y que en la adultez es reemplazado por la comunidad humana (tanto en el castigo como en la recompensa). Ahora bien, no solamente desprovistos del resguardo de la comunidad, sino puestos a desconfiar de cualquier contacto con ella (salvo el aséptico espacio virtual) por evocación al peligro de contraer el virus mortal, entonces, es probable que esta “conciencia de culpa” ya instaurada en el devenir psíquico (a consecuencia de la renuncia pulsional que nos constituye como integrantes de una comunidad) haya ejercido sin amparo del elixir cultural su violencia contra el yo desamparado de los más potentes recursos apaciguadores (si bien hubo un sinnúmero aunque insuficiente de ofertas de prótesis tanto en los espacios virtuales como en el mercado farmacológico).

Pues el sentimiento de culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia, de la lucha entre el Eros y la pulsión de destrucción o de muerte. Y ese conflicto se entabla toda vez que se plantea al ser humano la tarea de la convivencia; mientras una comunidad sólo conoce la forma de la familia, aquel tiene que exteriorizarse en el complejo de Edipo, introducir la conciencia moral, crear el primer sentimiento de culpa. Puesto que la cultura

obedece a una impulsión erótica interior, que ordena a los seres humanos unirse en una masa estrechamente atada, sólo puede alcanzar esta meta por la vía de un refuerzo siempre creciente del sentimiento de culpa. Lo que había empezado en torno del padre se consume en torno a la masa. Y si la cultura es la vía de desarrollo necesaria desde la familia a la humanidad, entonces la elevación del sentimiento de culpa es inescindible de ella, como resultado del conflicto innato de ambivalencia, como resultado de la eterna lucha entre amor y pugna por la muerte (Freud, 2017, p. 128)

Por último, resta nombrar un factor más que podemos enumerar en esta serie de insuficiencias que se fueron acarreado en el período pandémico en el intento de una tramitación satisfactoria en el psiquismo del acontecimiento traumático.

Tanto para quienes ya estaban en el trabajo que ofrece el abordaje clínico con un profesional de la salud mental, como para quienes a raíz de este período se vieron en la necesidad de demandar un tratamiento, la oferta en pandemia también obligó a un abordaje supeditado a las posibilidades de la virtualidad.

14

El tratamiento vía zoom o de manera telefónica que se ha instalado con fuerza durante la pandemia nos confronta con el descubrimiento de un instrumento técnico, una herramienta eficaz, que permite dar continuidad a los tratamientos pero que a la vez avanza en la desconexión con lo real de nuestros cuerpos (...) reafirmar el valor y la importancia de lo que Lacan ya formulaba en el Seminario 11 como presencia real del analista, particularmente en el momento del cierre de la transferencia, y que no alcanza a garantizarse con la presencia de la mirada o la voz en la experiencia con el objeto tecnológico que de alguna manera aliena y altera la función del objeto. La dinámica transferencial con el analizante en el consultorio no deja de tener el estatuto de un ritual particular en el uno por uno, que con la presencia de los cuerpos garantiza el establecimiento del lazo transferencial, lazo social por antonomasia en el que algo del orden del goce innombrable del analizante circula no sin el soporte que el cuerpo del analista ofrece en el lugar del dispositivo en el que se aloja. (Prego, 2020, p. 682)

No podría pretender mayor consonancia con el desarrollo de este ensayo que tal afirmación, que considera no sólo las consecuencias de la insuficiencia en el dispositivo virtual de la presencia corporal, sino que, a la vez, reivindica la acción ritual como sostén ordenador de la práctica.

Para finalizar el recorrido de análisis de este ensayo, que parte de entender esta pandemia recientemente transitada, como la irrupción traumática de lo real, cabe preguntarse por las posibilidades de tramitación en el psiquismo de dicha vivencia. Si por su naturaleza no podemos más que bordear su vacío, entramarlo en el acontecer psíquico a partir de lo que sí puede alcanzar el estatuto del decir, el de la representación palabra, sabemos por otro lado, que este recurso será siempre de apelación metafórica, la cosa sólo podrá ser dicha por alusión, rodeo mediante. Apelar a la idea del exorcismo, es entonces la utilización metafórica que supone realizar ese salto cualitativo, también acto de fe, que pone distancia a la vivencia pasiva y nos permite la ilusión de poder hacer algo con ella distinto de la negación. El vocablo exorcizar remite a viejas prácticas religiosas donde se pretendía ahuyentar los espíritus malignos. Qué es escribir sobre la pandemia sino este intento de poner distancia, ahuyentar, la vivencia traumática con ensalmos teóricos que vengan a ordenar un poco este real incierto. Apelar a la significación posible como recurso apaciguador es en última instancia la evocación al exorcismo.

Receta del hechizo para la mañana del primer día del tercer año²

El porqué de un ensayo sobre la pandemia y particularmente sobre las consecuencias del aislamiento social a estas alturas donde la “normalidad” parece haber vuelto “todo a su lugar” se justifica en más de un argumento. En primer lugar, la necesidad de articular teóricamente un acontecimiento social inédito, incluso sentando antecedentes conceptuales que puedan prevenirnos ante el abordaje de una nueva irrupción de un acontecimiento de características similares (en relación a ello, la abundancia de las articulaciones teóricas, creo yo, no daña, sino que registra la contundencia del hecho). Relegando cualquier pretensión de originalidad del tema, del cual pareciera incluso haber un hastío (pudiendo leerse quizás como una especie de negación a dicho período), creo necesario aún alertar sobre un abordaje sesgado en criterios puramente biologicistas de una ciencia que deja por fuera al sujeto y su padecimiento (claro está, sin pretensión de hacer una crítica a lo ya acontecido sino de prevenir acciones futuras. Recordemos que en los inicios del aislamiento la práctica Profesional del Psicólogo no fue considerada dentro de las actividades esenciales en el marco de la pandemia). La argumentación de este ensayo, basado sobre todo en las consecuencias del aislamiento como caída de la escena social y subjetiva provocando un avasallamiento simbólico, orienta además sobre los tiempos actuales, considerando que es hoy cuando nos encontramos con las consecuencias y las acciones resarcitorias, fallidas o no, en cada uno de los integrantes de la sociedad, y de esta en su conjunto. Cuidando no concluir ni generalizar particularidades, sino pensando en diferentes esferas del acontecer y buscando argumentos conceptuales que puedan poner una luz de alerta respecto de los padecimientos tanto físicos como emocionales de la actualidad, es menester para todos los profesionales de la salud tomar en cuenta este período como particularmente perturbador, cuyas consecuencias veremos manifestarse de diferentes maneras en las singularidades, pero también en el clima social de la época y que deberá ser materia de un cuidadoso trabajo de elaboración, para no

incurrir en patologizar las manifestaciones reparatorias del período de aislamiento. A sabiendas de que es imposible e indebido generalizar consecuencias, aun, de todos modos, es necesario estar atentos y lúcidos para pensar la práctica profesional en una perspectiva que no olvide los dos años de pandemia y aislamiento social. Echar mano indiscriminadamente a nosografías clínicas, es repetir el tratamiento que primó en el período en pandemia de un abordaje de un real leído exclusivamente desde la perspectiva de las ciencias. Depresión, cortisol, bruxismo, lesiones musculares, malos rendimientos profesionales y escolares, crisis institucionales, todo debe ser leído desde un marco social post pandémico, sin dejar de atender a las particularidades del caso por caso.

Pensar entonces la práctica profesional post pandémica nos obliga a hacer un recorrido más atento a lo que el psicoanálisis ha aportado ya en relación a la articulación del desarrollo psíquico dentro del contexto social tal como se desarrolla en este ensayo poniendo énfasis a la advertencia de Freud (2017) respecto del papel de la cultura, en tanto es ella quien pone fin “el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo” (p. 120) Una lectura de los eufemismos de época nos puede poner en pistas de la demanda hacia la cultura. Resulta habitual en las redes leer la frase “más amor por favor” (incluso nombres de canciones, libros y todo un *merchandising* en torno a esta frase tan de moda) o el epígrafe en fotos familiares donde el amor está escrito como imperativo, “amarlos”, “amarte”, como si se tratara de un reclamo a una deuda por aquella renuncia pulsional que culturalmente no se llega a cubrir en los vínculos y rituales compartidos que deberían alojarnos en el lazo social.

2 Título de una canción del genial Gabo Ferro, que pareciera premonitoriamente acertar en el tiempo que transcurrió la pandemia (y las restricciones de carácter social vinculadas a ella), evocado también en parte, en una necesidad de homenaje ante su pérdida en la pandemia: “Sol, sal, alas y agua bendita del mar hagan cicatrices donde sangró mal”. Del disco “La aguja tras la máscara”.

16

Por lo tanto, del mismo lugar donde parte el malestar debemos pensar que está no la cura sino el consuelo y la promesa de dicha. Pensar la cultura como proveedora de satisfacciones a partir de una reafirmación del vínculo social, productora de sentidos, promotora del patrimonio artístico (desplegada en todas sus facetas, música, plástica, danza, escritura) volviendo a fomentar los encuentros presenciales, las rondas de mate, el abrazo, como aquello que construye nuestra identidad cultural y nos recompensa la resignación de a la satisfacción de las mociones pulsionales más genuinas. Convocar, alentar, promover el fortalecimiento de las prácticas sociales enmarcadas en un contexto ceremonial, ritual, contenedor y generador de emocionalidades compartidas culturalmente en el ejercicio más amplio de la profesión como promotor de la salud integral; la participación ciudadana en las marchas por la “memoria verdad y justicia” o nuevas marchas que se vienen instituyendo como parte de nuestra identidad, como la del 8 de marzo, actos escolares, tanto patrios como aquellos que marcan el fin o inicio de una nueva etapa, velorios, cumpleaños, casamientos, recitales masivos (y por qué no, el pogo) son actos rituales que nos devuelven el sentido de pertenencia a una cultura avasallada por dos años de restricciones en lo concerniente a las manifestaciones sociales portadoras de la cultura regional. Incluso practicadas en retrospectiva, resarcitorias de lo no acontecido.

Nuestra posición no puede ser ni optimista ni pesimista respecto de los eventuales cambios civilizatorios de un tiempo en donde surge la certidumbre de que nada va a ser igual que ante. No obstante se revela como necesario intentar atemperar los efectos que

padece el “proletario del discurso” en la medida en que los efectos disolutorios del lazo social se profundicen. (Prego, 2020, p. 681)

Y en lo que respecta a la esfera más particularizada de la profesión, la de la clínica, ella también requiere de un posicionamiento ético leído en este contexto post pandémico. Fue el período de aislamiento lo que generó al interior de la práctica el debate y la adopción masiva de una clínica llevada a cabo por medios virtuales y/o remotos (llamadas telefónicas, por ejemplo). Creo bienvenida la incorporación de las nuevas tecnologías al servicio de la atención en salud, a través de una variada gama de dispositivos que permitan una llegada a más usuarios y con mejor performance (referido esto a lo que respecta en comodidad o al impedimento de desplazamiento por otros factores intervinientes en la salud u otro, la pertenencia cultural, etc.). Sin embargo, no debemos dejar de atender a las particularidades y especificidades del dispositivo clínico, tal como se advierte en el desarrollo a partir del análisis que aporta Enrique Prego en tanto nos orienta respecto a lo insustituible de la presencia real del analista y del estatuto ritual particular en el establecimiento de la dinámica trasfereencial en el encuentro presencial del consultorio.

Resta despejar dudas sobre los términos de exorcismo y hechizo que dan nombre a este ensayo y conclusión, pensados como propuesta y posibilidad respecto de la significación de un acto singular y/o colectivo que inaugure una elaboración de aquella huella, “representación frontera” podríamos llamar en la generalidad, diferente en su articulación precaria del período de aislamiento. A cada quien tal convocatoria podrá o no tocar en su deseo. Mi más profunda fantasía respecto de este período es danzarlo hasta el desmayo.

Referencias bibliográficas

- Colovini, M. y Splendiani, S. (2002). Fantasía y trauma. Presentado en V Jornadas de Investigación. Facultad de Psicología. U.N.R. Inédito.
- Freud, S. (2017). El malestar en la cultura. En *Obras completas, tomo XXI* (pp.57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, B. (2021). *La desaparición de los rituales*. Buenos Aires: Herber. Lacan, J. (2008) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires. Paidós.
- Decreto 297/2020 del 19/03/2020. Recuperado de <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/227042/20200320>
- Prego, E. (2020). El “COVID 19”: un real traumatizante: una perspectiva psicoanalítica. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. En <https://www.aacademica.org/000-007/548.pdf>
- Télam, 21/06/2022, “Las pruebas Aprender muestran la necesidad de sumar más días y horas de clase”. Disponible en

<https://www.telam.com.ar/notas/202206/596155-pruebas-aprender-balance-lengua-matematicas.html>